Historia de Don Pedro el Cruel

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 4

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

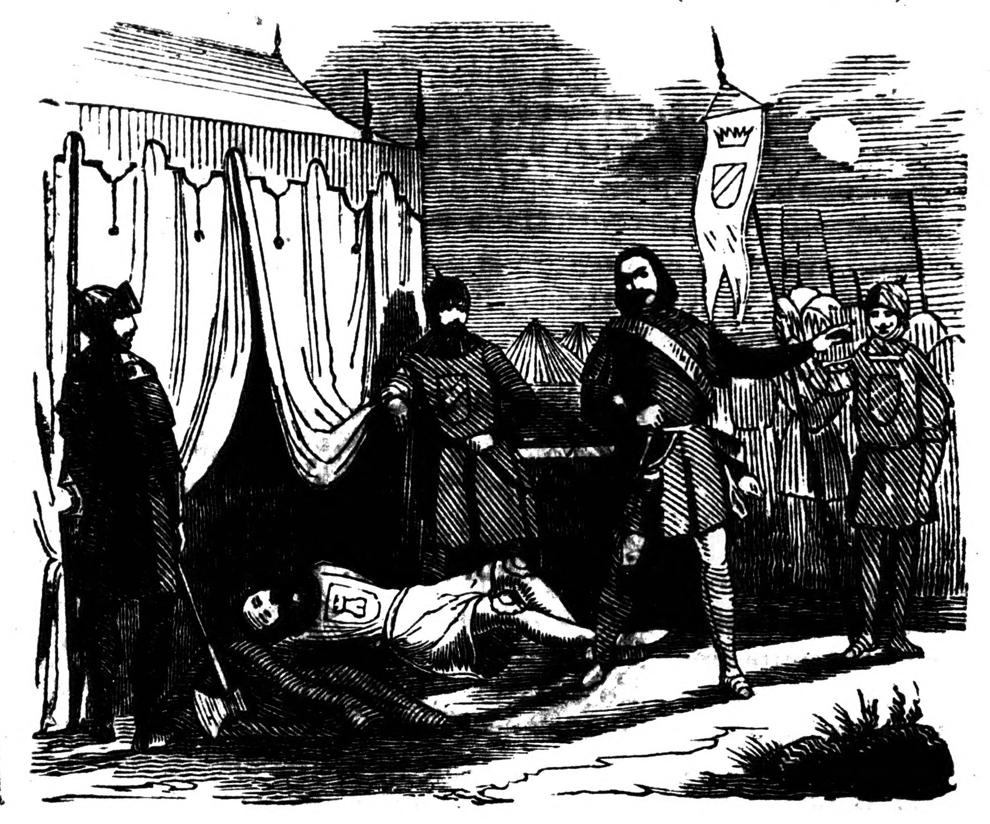
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00043.04

Control Number: ADT-2978
OCLC Number : 29687974
Call Number : W 381.568 H629 v.3 DONP
Title : Historia de Don Pedro el Cruel, rey de Castilla, v [i.e. y] reseña de los principales sucesos en su reinado.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Pedro I, King of Castile and Leon, 1334-1369.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE

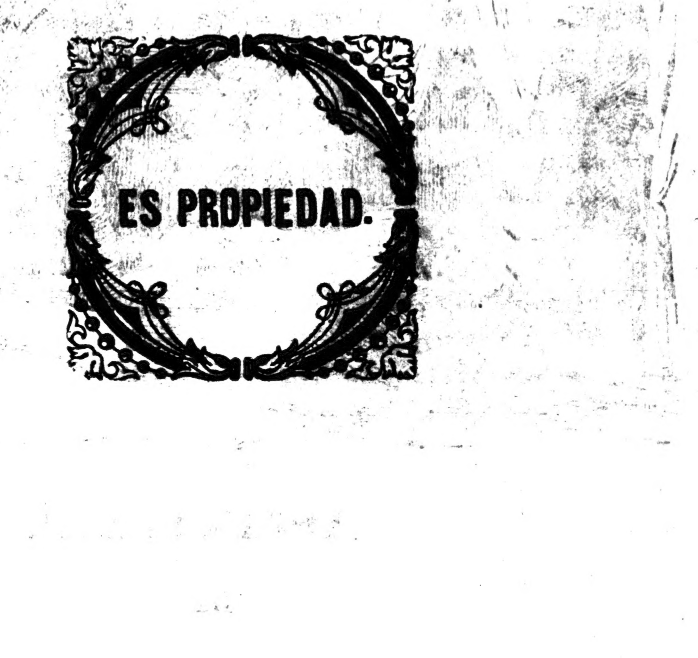
DON PEDRO EL CRUEL,

REY DE CASTILLA,

Y RESEÑA DE LOS PRINCIPALES SUCESOS EN SU REINADO.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.



INTRODUCCION.

Muy esencial es para todos los hombres el conocimiento de la historia, pues que les hace ver los principales sucesos acaecidos en su patria y les presenta los varones que más se han distinguido en ella cualquiera que sea la esfera en que hayan brillado, instruyéndolos hasta el punto de que puedan formar un juicio exacto de ellos al juzgarlos por sí mismos. Pocos reyes ha habido en Castilla que inspiren un interés tan vivo como el que ofrece D. Pedro I, quien apenas contaba diez y seis años de edad cuando se encontró dueño de un trono y expuesto al mismo tiempo á las asechanzas y maquinaciones de sus numerosos enemigos, que tanto fuera como dentro del reino trabajaban sin cesar para derribarle. Presenta su reinado toda clase de acontecimientos: engaños, traiciones, guerras. destierros. muer-

tes ejecutadas con violencia, envenenamientos y otros muchos excesos de que nos ocuparemos á su tiempo.

Los castigos que el rey D. Pedro impuso frecuentemente á sus vasallos y aun á sus mismos parientes y allegados, fueron á veces estremados, y siempre ejecutados con la mayor crueldad y escándalo. De aquí el que unos le hallan apellidado el *Cruel* al paso que sus parciales le han dado el renombre de *Justiciero*, fundándose estos en que, atendida la situacion que atravesaba el reino de Castilla, era necesario emplear mucho rigor y severidad para conservar el órden y tranquilidad en sus vasallos; y alegando los otros que aunque esto era cierto no por eso debió creerse autorizado aquel rey para faltar desusadamente á la justicia y á todos los más santos deberes, decretando ejecuciones horrorosas y llevando al extremo la barbarie y la inhumanidad. Esta divergencia de opiniones ha sido causa de que se haya escrito y hablado mucho acerca del reinado de aquel hombre, á quien los unos han mirado como héroe y los otros como malvado.

Sin embargo de tantos escritos como hay, nótase la falta de uno que se ciña estrictamente á la vida de D. Pedro, y esto es lo que hoy damos á luz. Sin prevencion favorable ni contraria describiremos, pues todos los actos de este infortunado rey que tuvo la desgracia de carecer de un amigo leal que le contuviese en sus desaciertos; que en algun modo vino á expiar en sus últimos dias, al hallarse abandonado de todos sus nobles y vasallos, y al verse precisado á implorar el auxilio de sus enemigos, para recibir luego muerte traidora de manos del fratricida D. Enrique, quien ambiciosamente y sin legítimo derecho, anhelaba ceñirse la corona, como despues llegó á conseguirlo, al mismo tiempo que protestaba que no le impelian otros motivos al combatir á D. Pedro que el de libertar á la tierra de un mónstruo que habia nacido para azote del género humano, y el de vengar las injustas muertes que habian recibido su madre y hermanos: no cabe duda que si estos fueron sus deseos, debió quedar sumamente satisfecho, porque á más de asesinar á su hermano y usurparle el trono, como si esto no le saciara, lleva su rencor al extremo de hacer encerrar en prisiones á sus sobrinos, donde estuvieron hasta concluir sus dias.

HISTORIA
DE
DON PEDRO EL CRUEL.

CAPITULO PRIMERO

Nacimiento de D. Pedro.—Primeros actos de su reinado.—Muerte de doña Leonor de Guzman, sublevacion de algunos nobles.—Amores del rey con doña María de Padilla.—Sale herido en un torneo.

Nació D. Pedro en la ciudad de Búrgos por los últimos dias del mes de Agosto del año de 1334; fueron sus padres el rey D. Alfonso XI, el *vengador*, y la reina doña María de Portugal, quienes le encomendaron desde pequeño para que le educara á D. Juan de Albúrquerque, noble ambicioso, de orígen portugués, que lejos de corregir los defectos que ya empezaban á notarse en el príncipe puesto á su cuidado, se ocupaba únicamente en halagar el ánimo de este, satisfaciendo todos sus caprichos y deseos á fin de cautivar su voluntad con la mira de obtener su privanza cuando subiese al trono.

Hallábase la córte en Sevilla cuando á la edad de quince años y siete meses fué proclamado D. Pedro rey de Castilla, con motivo de la muerte de su padre, acaecida en el asedio de Gibraltar á 26 de Marzo de 1350.

Tuvo el rey D. Alfonso por querida á una noble señora llamada doña Leonor de Guzman, de la que dejó varios hijos, entre ellos D. Enrique, conde de Trastamara, D. Fadrique, D. Tello, D. Fernando y otros.

Tenia D. Pedro una estatura aventajada: su rostro, sin ser afeminado, era blanco y hermoso, sus cabellos rubios y azules sus ojos. Estaba dotado de grandeza de ánimo, de mucho valor y osadía, y su cuerpo no se doblegaba jamás con el trabajo, al cual estaba habituado, ejercitándose desde pequeño en la caza y otras ocupaciones penosas; verdad es que estas buenas prendas estaban oscurecidas por grandes defectos, pues era altanero, de costumbres disolutas, colérico, procedia con mucho rigor en sus actos de justicia, por cuyo motivo mereció que le dieran el sobrenombre de *Cruel*. Al subir al trono hallábase el rey muy desmoralizado por la vituperable conducta que seguian algunos nobles ambiciosos, entregándose á todo género de excesos por saciar su avaricia y apetítos desordenados: dejóse guiar al principio por la reina madre y por su favorito D. Juan deAlburquerque, y empezaron á dividirse los cortesanos, siguiendo unos el partido del rey, y otros el de sus hermanos, los hijos de doña Leonor de Guzman.

Conocia esta el carácter rencoroso y altanero de la reina doña María, y temerosa de que se vengara del desvío que por causa suya la habia manifestado su marido, en cuanto supo la muerte de este se retiró á Medina-Sidonia, en donde se creia segura por algun tiempo; pero cuando aun estaba reciente la impresion que en todos los ánimos habia ocasionado aquel desgraciado suceso, doña María, como ya se ha dicho, ejercia bastante dominio en el rey su tio, que hacia los mayores esfuerzos para que castigase á la que consideraba como enemiga, logró por fin que se trasladara á doña Leonor á Sevilla, dándole por prision el palacio, de donde á poco tiempo fué conducida á Talavera. Los hijos de aquella señora y los parientes y grandes personajes allegados á la misma, temerosos de sufrir igual suerte, se refugiaban, los unos en Algeciras, y los otros en sus tierras y castillos, á la sazon en que D. Pedro, gravemente enfermo, daba tan pocas esperanzas de vida, que los médicos le desahuciaron. Como acontece en tales casos, que veian tan próxima la muerte del monarca, se ocupaban ya en designar la persona que le habia de suceder en el trono, siendo el principal pretendiente D. Juan de Lara á quien apoyaba Garcilaso de la Vega, D. Alonso Coronel y otros muchos nobles, los cuales se retiraron de la corte tan pronto como supieron que la enfermedad del rey no ofrecia peligro alguno, y que estaba enterado de todas sus intrigas.

Restablecido ya D. Pedro, uno de sus actos fué ordenar la muerte de doña Leonor de Guzman, inducido por la reina, que no podia olvidar las infidelidades de Alfonso XI; un escudero de esta salió de Se-

villa inmediatamente para ejecutar la inhumana sentencia pronunciada contra doña Leonor, sin miramiento al gran cariño que la habia profesado el difunto rey, ni á los hijos que tenia él, que aunque ilegítimos, eran hermanos de D. Pedro; quien con esta primera ejecucion tan injusta, precursora de otras muchas que despues tuvieron lugar, empezaba á hacerse acreedor al nombre de *Cruel* con que posteriormente se le conoció: verificóse, pues, la muerte de la desventurada doña Leonor en la villa de Talavera, villa que desde entonces se llamó Talavera de la Reina, sin duda por pertenecer á la madre de D. Pedro y por la sentencia que en ella se consumó.

Gran sensacion produjo entre los enemigos del rey la muerte de doña Leonor, y particularmente en los hijos de esta, que empezaron á valerse de cuantos medios estaban á su alcance para vengarse, derribando á D. Pedro, que de tal suerte se ensañaba con una débil mujer que en nada le habia ofendido. El primero que levantó el estandarte de la rebelion fué D. Alonso Coronel, noble que poseia muchas tierras de Andalucía, y que se apresuró á fortificar sus castillos, encerrándose en su villa de Aguilar: marchó prontamente D. Pedro á combatirle, recobrando á su paso muchas de las villas sublevadas, y ya se preparaba á poner sitio á Aguilar cuando le noticiaron que el bastardo D. Enrique habia armado gente contra él en Asturias y apoderádose de la fortaleza de Gijon, y que su hermano D. Tello habia entrado por Aragon, haciéndose dueño de algunos pueblos en la raya. Con este motivo, despues de dejar algunas tropas que cercaran la villa de Aguilar, marchó el rey con las restantes al encuentro de sus hermanos, y consiguió que los que defendian la fortaleza de Gijon se le rindieran, con condicion de que perdonaria tanto á ellos como á D. Enrique: volvió sus armas contra D. Tello, quien huyó precipitadamente á Aragon al saber estas noticias, abandonando los pueblos que habia tomado, y debiendo el perdon que D. Pedro vino á concederle á la intercesion del rey de Aragon. En esta espedicion á Asturias conoció el rey á una dama llamada doña María de Padilla, y quedó profundamente enamorado de ella. Tenia esta mujer diez y siete años y era extraordinariamente hermosa: sus ojos eran negros y espresivos; el rostro blanco y agraciado; los cabellos de un color negro brillante; y su talle erguido y esbelto estaba en armonía con la majestad de sus miradas: su condicion era noble; encontrábase de dama al servicio de la mujer de Alburquerque. En casa de este, donde se hospedó el rey, la vió y la declaró su pasion, teniendo la dicha de ser correspondido: un tio de la Padilla, llamado D. Juan Hinestrosa, sirvió de medianero en estos amores y ofreció al rey que se la llevaria á Sahagun, mientras tanto que él acababa de pacificar el reino. Separóse D. Pedro con gran pesar de aquella mujer que tanto habia de influir en su futura suerte, y que luego fué con-

sa de muchas desgracias que le sobrevinieron por su genio arrebatado y fogoso, que no podia sufrir ningun género de obstáculos.

Vuelto el rey á Andalucía estrechó con ahinco el sitio puesto á la villa de Aguilar, cuyos habitantes seguian sublevados, y aquí se le presentó otra ocasion de acreditar la opinion de severo en que todo su reino le tenia, á consecuencia de la madre de doña Leonor de Guzman y de la de Garcilaso de la Vega á quien tambien hizó perecer por un leve motivo en Búrgos, y arrojar su cadáver por una ventana á la plaza: fué esta ocasion, que habiendo ganado la villa despues de cuatro meses de cerco, condenó á muerte, como reos de alta traicion, á D. Alonso Coronel, jefe de los rebeldes, á su sobrino y otros cuatro nobles que eran los más culpables; si bien es cierto que perdonó al pueblo, contentándose con derribar los muros para castigar la infidelidad de sus moradores.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos pensaron en el casamiento de D. Pedro su madre doña María y su privado Alburquerque, apoyados por los nobles de más influencia, á fin de separarle de sus amores con la Padilla, que empezaba á inquietarles por la influencia que ejercia en el ánimo del rey; costóles mucho trabajo el hacerle consentir en la boda, mas al cabo llegaron á convencerle, haciéndole ver que los cortesanos comenzaban á murmurar acerca de sus intrigas amorosas, y que un matrimonio con la Padilla motivaria muchas disensiones, además de que no era digno de un rey como él, y que se hacia necesario asegurar sucesor legítimo á la corona para evitar de este modo las guerras que la falta de aquel origina siempre en los Estados.

Alcanzado el consentimiento del rey, enviáronse á Francia varios nobles que llevaban la embajada de pedir al duque de Borbon, que tenia seis hijas, aquella que fuese más digna de sentarse en el trono que ocupaba el soberano de Castilla: con gran satisfaccion de todos eligióse la hija mayor llamada doña Blanca, quien por la bondad de su carácter, por sus virtudes y por su belleza parecia la más á propósito.

Trascurridos algunos meses, mientras que en Francia se hacian estas negociaciones, celebráronse unas fiestas en Torrijos, villa cercana á Toledo, en albricias de que la Padilla dió á luz una niña, á la que pusieron de nombre Beatriz.

Quiso D. Pedro tomar parte sin que nadie lo supiera en el torneo que con este motivo se verificó, y al efecto presentóse en el palenque disfrazado con la amardura de un capitan de sus guardias, llamando la atencion y curiosidad de los espectadores por los grandes hechos de valor con que se distinguió.

Despues que el rey hizo morder la arena al primer mantenedor del torneo sin desventaja alguna por su parte, salió el segundo caballero muy valiente, deseando vengar la caida de su compañero; al primer

choque rompió D. Pedro su lanza en la coraza de su contrario que se bamboleó en la silla y perdió los estribos al asestar su lanza con violencia á la cimera del casco del rey, quien bajando la cabeza rápidamente pudo evitar el golpe. Declararon los jueces del torneo vencido al segundo mantenedor, y salió el tercero: mudó de caballo el rey, pues estaba ya muy cansado el que montaba, y tomó nueva lanza; mas no mudó de manoplas, á pesar de que la de la mano derecha la tenia rota con motivo de las fuerzas que hacia y con el choque de las astillas de la lanza que habia roto, púsose frente á su contrario, y dada la señal de ataque por los clarines, partieron á escape viniendo á encontrarse los dos competidores en medio del palenque: con robusto bote de lanza, sacó el rey de la silla á su contrario, y le arrojó á fuera como si fuera una pluma; pero desgraciadamente salió herido, pues la lanza del mantenedor que iba dirigida á su coraza, variando de direccion, con movimiento tan brusco, penetró al punto en la mano derecha del rey, que empezó á arrojar gran cantidad de sangre por la herida; aplaudíanle los espectadores con estrépito, obligándole á que levantara la visera de su casco, al mismo tiempo que el vencido mantenedor, atolondrado con la caida, era retirado del circo por sus escuderos. Con asombro reconoció la entusiasmada multitud á su rey, quien al momento se encontró rodeado de todos los nobles asistentes á la fiesta, que al ver herido á su soberano saltaron al palenque á socorrerle y á instarle vivamente que se retirara á palacio, como así lo hizo, despues de ordenar que continuase la fiesta sin interrupcion y como si nada hubiese ocurrido.

Algun cuidado hubo de ofrecer la herida del rey, y por lo tanto tuvo que permanecer unos dias en Torrijos, en cuya villa recibió la noticia de que la princesa doña Blanca salia de Francia con direccion á España.

Todos los cortesanos le aconsejaron que era una necesidad política realizar la boda contratada con la princesa.

El rey D. Pedro, sin embargo, sentia separarse de los amores de su dama, á quien tanto apreciaba.

Luchando, por fin, entre los deberes que tenia como hombre privado y como monarca, se decidió, no sin gran repugnancia, á cumplir con la ratificacion de los desposorios reales, porque se habia ya dado cuenta de ello á las Córtes.

CAPITULO II.

Casamiento de doña Blanca de Borbon con D. Pedro.—Abandona este á su esposa.—Refugiase Alburquerque á Portugal.—Destierro del infante D. Enrique.—Coalicion de algunos nobles.—Bodas con doña Juana de Castro.

RESTABLECIDO se hallaba don Pedro de la herida que recibió en el torneo cuando hizo su entrada en Valladolid la princesa doña Blanca acompañada de algunos nobles franceses y españoles, entre los que se contaba el gran maestre de Santiago D. Fadrique, hermano del rey: recibióla este con una política afectada y con mal disimulada frialdad: era tan grande el efecto que en su ánimo había causado la pasion que le inspiraba doña María de Padilla, que, á pesar de conocer las poderosas razones que en política aconsejaban su enlace con la princesa de Francia, y á pesar tambien de las vivas y reiteradas instancias de la reina madre y de su primer ministro Alburquerque, intentó aplear las bodas para más adelante; pero el pueblo que no ocultaba el desagrado por la conducta que el rey observaba en asunto de tanta gravedad y trascendencia, hubo de decidirle á que verificase luego su matrimonio. ¡Terrible condicion la de los monarcas, que se ven precisados á luchar con sus propios afectos, debiendo sepultarlos en el más completo olvido á trueque de conservar la paz y tranquilidad de sus reinos!

Celebráronse al fin las regias bodas en Valladolid, pero con la notable circunstancia de que no hubo en ellas una magnificencia y aparato digno de tan ilustres desposados, y esta falta de ostentacion y lujo fué mirada por algunos como un triste presagio de la mala suerte que, segun luego veremos, estaba reservada por la Providencia á la malaventurada princesa doña Blanca de Borbon.

Fueron padrinos de los esclarecidos príncipes la reina de Aragon y

D. Juan de Alburquerque, y se hallaron entre los convidados D. Enrique conde de Trastamara, y los demás hermanos suyos, que ya estaban reconciliados con D. Pedro.

Pocos dias despues de las ceremonias nupciales disponia el rey su partida para ir á reunirse con la Padilla á la ciudad de Toledo. Esta determinacion alarmó á la reina doña María y á Alburquerque, quienes le indicaron al rey las malas consecuencias que podia traer á su reino una conducta tan poco digna y tan distinta de la que su esposa merecia; y para hacerle desistir de su propósito le manifestaron que se esponia á enemistarse con la Francia, la que no sufriria el desprecio que se la hacia en la persona de la princesa doña Blanca.

Tambien los amigos de esta trataron de persuadir al rey, pero ninguna de las reflexiones que le hicieron produjo en su ánimo el efecto que por todos se deseaba; y salió de Valladolid acompañado de sus hermanos D. Enrique y D. Tello y de otros nobles, que aun cuando no dejaban de conocer lo imprudente y poco político de aquella marcha, se resignaban, sin embargo, á que dejase á su jóven esposa abandonada en el mayor desconsuelo, y mas bien como prisionera que como reina en el palacio de Valladolid.

Mientras que el rey se hallaba en Toledo con la Padilla, no pensando más que en alimentar su pasion, tratóse en la córte de Valladolid de hacerle volver á reunirse con doña Blanca y evitar de este modo los grandes males que su ausencia prolongada habria necesariamente de causar en el reino.

Indignóse el rey al saber esta determinacion y se encolerizó contra su privado Alburquerque, que era quien habia promovido aquella medida, receloso del influjo que habia adquirido la Padilla; los parientes de esta, temerosos de atraerse el ódio público, aconsejaron al rey volviese á la córte, haciéndole presente que si continuaba alejado de doña Blanca no disiparia la inquietud que habia inspirado en los pueblos; conoció el rey la fuerza de estas razones y volvió á Valladolid, en donde solo permaneció dos dias, al cabo de los cuales abandonó á su esposa para no volverla á ver jamás.

Dícese que el desvío con que siempre miró el rey á doña Blanca fué ocasionado por una rica banda que esta le regaló, comprada á un judío, mágico de profesion, que por intrigas de la Padilla la habia hechizado, y que al colocársela D. Pedro sobre su pecho creyó ver enroscada una enorme serpiente: en realidad bastaba que se hubiera casado á disgusto y casi á la fuerza para que odiara á su jóven esposa mientras le durara la vida.

Volvió el rey á incorporarse con la Padilla, quien le recibió con mucha alegría ocasionada por lo que acababa de hacer, mientras que Alburquerque, temiendo la cólera del monarca, en cuyo desagrado ha-

bia ya incurrido, se retiró á Portugal acompañado de varios nobles partidarios suyos; algunos de estos se fugaron á Aragon, y otros á sus castillos, contándose entre los últimos el maestre de Calatrava, á quien persiguió el rey con sus tropas hasta que, logrando prenderle, le quitó el maestrazgo para dárselo á D. Diego de Padilla, hermano de doña María, el cual mandó trasladaran al maestre depuesto á una fortaleza en donde le mataron á poco de su llegada.

En seguida tomó D. Pedro muchas villas del señorío de Alburquerque, que este habia dejado fortificadas á su huida, y envió mensajeros al rey de Portugal con encargo de apoderarse de su antiguo valido; pero esta comision no tuvo efecto por haberlos despachado el de Portugal con disculpas evasivas.

Estando el rey en Sevilla sucedió una aventura digna de referirse: Un noble de Castilla llamado D. Gutierre, tenia por esposa á una hermosa dama que en su niñez habia conocido al infante D. Enrique de Trastamara.

Habia ido este acompañando á su hermano hasta Sevilla, y allí volvió á ver á su antigua amiga, introdújose una noche en el cuarto de esta á tiempo que entraba D. Gutierre, quien al encontrar en su casa á un hombre encubierto, trató de reconocele, aunque inútilmente, porque huyó D. Enrique saltando por una ventana al jardin, dejando caer en su fuga una daga con el sello de sus armas y las iniciales de su nombre, la que recogió el agraviado marido, interrogó á su asustada mujer, la cual no le ocultó que quien acababa de huir era el infante, y que habia venido con la intencion de persuadirla á que huyese con él; entonces el marido creyendo ultrajado su honor y no pudiendo vengarse del seductor por ser hermano del rey, hizo morir á su esposa.

Llegó á oidos de D. Pedro la noticia de esta muerte, y mandó venir á palacio á D. Gutierre; refirióle este suceso tal como habia pasado, presentando, en apoyo de lo que decia, la daga del infante, en vista de lo cual alabó el rey su conducta y desterró en seguida del reino á D. Enrique.

Retiróse este á Portugal, y haciendo alianza con Alburquerque y sus partidarios, entraron en Estremadura, adonde fué á incorporárseles don Fadrique, que como maestre de Santiago, iba acompañado de muchos caballeros de esta Orden, y todos tomaron parte en la liga que empezaba á formarse para hacer la guerra á D. Pedro y llevar á efecto la usurpacion que despues se hizo de la corona de Castilla.

En tanto que los infantes hacian las más vivas diligencias buscando dentro y fuera del reino aliados poderosos que hicieran causa comun con ellos, el rey, que habia ido á Cuellar, pretendia ganar el corazon de doña Juana de Castro. Era esta una de las mujeres más hermosas de aquella época, y por su honradez y virtud la tenian todos gran conſi-

deracion y respeto; no se le ocultó al rey que le seria imposible ver satisfechos sus deseos como no fuera por medio de matrimonio con ella, y para conseguir su fin, por órden suya, una reunion de obispos declaró nulo su casamiento con doña Blanca: dispuso luego unas bodas falsas, obligando á consentir en ellas al obispo de Salamanca, que acabó por desposarle con doña Juana de Castro.

Al dia siguiente tuvo el rey noticia de la alianza que habian hecho sus hermanos con Alburquerque y sus parciales, y como habia ya logrado lo que deseaba, salió de Cuellar en busca de ellos, dejando para siempre á doña Juana, quien á poco tiempo se retiró á la villa de Dueñas á llorar la injuriosa afrenta que recibia del rey al verse abandonada de la misma manera que lo habia sido doña Blanca.

CAPITULO III.

Levantamiento de la ciudad de Toledo.—Muerte de Alburquerque.—Rendicion de Toledo y de Toro.—Principio de la guerra con Aragon.—Muerte de D. Fadrique.—Batalla de Araviana.

Las filas de los sublevados se aumentaban cada dia más con fuertes y poderosos señores que de todas partes acudian para declarar la guerra á D. Pedro. Entre los más valientes distinguíase D. Fernando de Castro, que anhelaba vengarse del rey porque este, en ocasion que se celebraba un torneo, le habia matado un hermoso caballo que tenia en mucho aprecio, agregándose á esta ofensa la que habia hecho á su hermana doña Juana al dejarla abandonada un dia despues de haberse desposado con ella.

Lejos de modificar el rey su estraviada conducta en vista de las demostraciones tan marcadas de desagrado que sus actos producia en el reino, acabó de exasperar los ánimos con la órden que dió á Hinestrosa para que condujese presa al alcánzar de Toledo á la reina doña Blanca,

mientras él salia al encuentro del infante D. Fadrique, como lo hizo, sin que sus tropas lograsen ventaja alguna sobre las de su hermano, á quien por rebelde quitó el maestrazgo de Santiago, dándoselo á D. García de Padilla.

Hinestrosa llevó á Toledo á doña Blanca de Borbon; habiéndole pedido esta la dejase entrar á rezar en la iglesia mayor, accedió á ello; mas bien pronto tuvo lugar de arrepentirse, porque dentro de la iglesia declaró doña Blanca su inocencia y se acogió á la proteccion de los Toledanos, que con este motivo se pronunciaron á favor de la reina, haciendo huir á Hinestrosa y á los que le acompañaban, quienes marcharon inmediatamente á dar cuenta al rey de lo ocurrido.

Noticioso D. Fadrique de la sublevacion de Toledo, acudió al punto con 700 caballos para favorecer á doña Blanca; al mismo tiempo reuníanse en Cuenca y otras ciudades muchas tropas al mando de Alburquerque, los infantes de Castilla, los de Aragon y otros nobles, formando una liga contra D. Pedro, quien se retiró á Toro por ser su ejército muy inferior en número al de los sublevados: apoderándose estos de Medina del Campo, donde Alburquerque, acometido de una ligera enfermedad, fué envenenado por el médico que le asistia, en cumplimiento de las órdenes que recibió del rey.

La infanta de Aragon, doña Leonor, hizo proposiciones al rey de parte de los sublevados, en que le ofrecian dejar las armas si separaba de la córte á los parientes de la Padilla, desterraba á esta y se reunia con doña Blanca; mas el rey no las quiso admitir y se fué á Ureña acompañado de cien ginetes á reunirse con su favorita.

Aprovechó la ausencia de D. Pedro la Reina su madre para entregar la ciudad de Toro, donde su madre y los infantes, despues de obligarle á variar todos los empleos que estaban repartidos entre los parientes de doña María, poniendo en prision á algunos de ellos, conservaron al mismo rey en calidad de prisionero.

Tuviéronle algun tiempo con guardias de vista; pero no pudieron impedirle que se pusiera de acuerdo con algunos amigos que le habian quedado; y aprovechándose una mañana de la libertad en que le dejaban para salir á caza, huyó á Segovia con su hermano D. Tello y con la misma gente que le custodiaba.

Divulgóse esta noticia por todo el reino y acudieron nobles con tropas desde diferentes puntos á unirse al rey, seducidos por las promesas que este hacia: temerosos algunos otros del castigo á que se habian hecho acreedores por haber ayudado con las armas á los infantes, abandonaron á estos y se pasaron á D. Pedro, quien al encontrarse ya dueño de un ejército respetable, marchó á Búrgos á convocar Córtes, las que le autorizaron para cobrar grandes contribuciones, y dirigióse en seguida á sitiar á Toledo.

Los caballeros que defendian esta ciudad se hallaban divididos, opinando unos por la rendicion de la plaza, otros por una honrosa capitulacion y algunos por sostener la guerra mientras no consiguieran su objeto: mucho favoreció al rey esta desunion, porque á pesar de la desesperada defensa que hizo su hermano D. Fadrique, se apoderó al fin de Toledo.

Restablecido aquí el órden, en lo primero que pensó fué en la venganza, y para satisfacerla mandó trasladar á la fortaleza de Medina Sidonia á la reina doña Blanca, reservándose para más adelante castigarla con más rigor, é hizo dar muerte á algunos nobles y á veinte y dos de la clase del pueblo, presentando otra prueba de crueldad.

Entre los condenados á muerte hallábase un anciano de ochenta años, de oficio platero, que tenia un hijo de diez y ocho: presentóse este al rey, suplicándole encarecidamente que ya que no perdonara á su desgraciado padre, consintiera en el cambio de dejarle morir en su lugar: el rey fué tan inhumano, que sin apreciar este generoso rasgo de amor filial, accedió al trueque que se le pedia.

Vencida la sublevacion de Toledo marchó D. Pedro contra Toro, donde se habian refugiado sus hermanos invitados á ello por la reina madre, y consiguió á los pocos dias apoderarse de la ciudad despues de algunos encuentros con los sublevados, en uno de los cuales D. García de Padilla, que habia sido nombrado maestre de Santiago poco tiempo hacia, murió peleando, con gran sentimiento del rey, quien no dió á nadie el maestrazgo para atraerse á su partido á D. Fadrique, como inmediatamente sucedió.

Despues de entrar D. Pedro en la ciudad, la reina madre le pidió el perdon de los caballeros que estaban dentro sin haber podido escapar, como lo habian hecho otros; á lo que respondió el rey que se saliese ella del alcánzar, que con los demás ya determinaria él lo que le pareciera oportuno. Salió en efecto doña María, dándola el brazo dos caballeros que se habian distinguido mucho en la defensa de la ciudad, y acompañada de algunos otros nobles: acometiéronles los ballesteros del rey, que cumpliendo las órdenes de este, mataron violentamente en el acto á siete caballeros, quedando desamparada doña María, que cayó desmayada sobre los humeantes cadáveres de sus defensores.

Vuelta en sí y maldiciendo á su hijo retiróse doña María á Portugal, donde reinaba su padre, quien á poco tiempo la hizo matar por haber dado escándalo con ciertos amores.

Algunos otros castigos mandó ejecutar D. Pedro en Toro, por lo cual no creyéndose seguros muchos nobles, se pusieron en salvo, abandonando las tierras que habian tomado; D. Enrique que pudo escapar, pasó al servicio del rey de Francia y su hermano D. Tello se retiró á Vizcaya de donde era señor.

Con la dispersion de los sublevados despues de la rendicion de Toro concluyeron las turbulencias en Castilla; pero apenas duró la paz un año, porque habiendo exigido satisfaccion D. Pedro al rey de Aragon por haberse apoderado la escuadra de este de los buques italianos que se hallaban en el Puerto de Santa María, negóse á dársela el monarca aragonés.

No era D. Pedro hombre que dejara impunes las ofensas; así es que declaró la guerra al rey de Aragon entrando por sus tierras y apoderándose de muchas ciudades, villas y fortalezas, hasta lograr que se encerrara aquel dentro de los muros de Zaragoza, desde donde, no creyéndose bastante seguro, pidió treguas al de Castilla, quien se las concedió, bien que sin que sus tropas abandonaran los puntos que habian conquistado.

Aprovechó esta tregua el rey de Aragon para buscar aliados y llamar en su auxilio al infante D. Enrique: vino este desde Francia acompañado de varios parciales suyos y trató desde luego de atraerse á su partido á sus dos hermanos D. Fadrique y D. Tello, que á la sazon favorecian á D. Pedro.

Habíase este vuelto á Sevilla, en donde estaba muy ocupado en cautivar el corazon de doña Aldonza Coronel, de la que al fin alcanzó que se rindiera á sus amorosos deseos, porque ella misma le presentó una ocasion favorable solicitando gracia para D. Alvar Perez, su esposo, que por hallarse al servicio del rey de Aragon habia incurrido en la cólera del de Castilla.

Marchóse este á Carmona con su nueva favorita doña Aldonza para disfrutar con libertad de sus nuevos amores, lejos de la celosa Padilla.

No podia esta resignarse con la infidelidad de su amante D. Pedro, y por lo tanto le escribió lamentándose del abandono en que la habia dejado; contestóla el rey que estuviese segura de que solo ella tenia el dominio de su corazon y de su voluntad: al poco tiempo, cansado ya de sus amores con doña Aldonza, se volvió á Sevilla á reunirse con la Padilla.

Aqui llegó á su noticia que el infante D. Enrique tenia negociaciones secretas con su hermano D. Fadrique el maestre de Santiago, y recelando alguna traicion mandó llamar á este, que á la sazon se hallaba en Jumilla; vino el maestre á la córte, y como al presentarse en el palacio fuese recibido por el rey con bastante frialdad, sospechando que hubiese fraguada alguna trama en contra suya, pidióle permiso para retirarse á su habitacion; pero cuando se disponia á hacerlo, fué acometido por los ballesteros del rey, que, animados por este mismo, mataron alevosamente á D. Fadrique.

Marchó en seguida el rey D. Pedro acompañado del infante de Aragon D. Juan, con objeto de dar muerte á D. Tello, quien advertido de

lo que pasaba pudo escapar á reunirse en Aragon con su hermano don Enrique.

Con la huida de D. Tello quedaba sin dueño el señorío de Vizcaya, y el infante de Aragon, que lo ambicionaba, recordó al rey la promesa que anteriormente le habia hecho de darle dicho señorío; mandóle el rey que volviera al otro dia y le sería cumplida la oferta.

Al dia siguiente, cuando el infante entraba en palacio, fué muerto por un ballestero del rey, quien ordenó en seguida que arrojaran el cadáver á la plaza, mandando despues encerrar en una prision á la esposa y á la madre del mismo infante, á las que más adelante hizo envenenar.

Con tales atentados y otras ejecuciones que les siguieron se exaltaron de nuevo los ánimos, y se vió encender la guerra.

Hizo entonces publicar D. Pedro la declaracion de *rebeldes* á sus hermanos bastardos y al infante D. Sancho de Aragon.

El conde D. Enrique y el infante D. Fernando de Aragon, deseosos de vengar las muertes de sus respectivos hermanos, entraron con fuerzas considerables por las tierras de Castilla, y, con este motivo, declarada nuevamente la guerra, se presentó á ella D. Pedro, armando prontamente gran número de buques y pidiendo auxilio á su tio el rey de Portugal y al rey moro de Granada. Despues de algunos encuentros de poco interés entre ambos ejércitos, el de Aragon, mandado por don Enrique, dió una batalla en los campos de Araviana á los tercios castellanos que mandaba Hinestrosa, y aunque de los dos lados se combatió con gran denuedo, la victoria se declaró á favor de D. Enrique, porque consiguió que se pasaran á sus filas algunos caudillos castellanos, causando la más completa dispersion en los demás despues de hacer un número considerable de prisioneros y muertos, en los que se contaba D. Juan de Hinestrosa.

Recibió D. Pedro la noticia de esta derrota, y no pudiendo vengarse en la persona del vencedor D. Enrique, mandó matar á dos hermanos de este llamados D. Juan y D. Pedro, jóvenes de 18 años el uno y de 14 el otro, cuyo único delito era el parentesco que los unia al conde de Trastamara.

Entretanto entraba este con sus victoriosas tropas en la Rioja, apoderándose de la ciudad de Nájera, en donde pasó á cuchillo todos los judíos que habia.

El rey D. Pedro logró reunir un ejército superior al de su hermano, marchó á su encuentro, y haciéndole abandonar los puntos que habia conquistado, consiguió derrotarle, y se detuvo despues de algunos dias en la Rioja para dar descanso á sus tropas.

CAPITULO VI.

Castigos impuestos á dos sacerdotes.—Paz con Aragon y guerra con Granada.—Envenenamiento de doña Blanca.—Muerte de doña Maria Padilla.—Nueva guerra.—Entrada de D. Enrique.—Huida de D. Pedro.

VENIA D. Pedro establecidos sus reales en Santo Domingo de la Calzada, cuando una mañana se introdujo un religioso dominico en el alcázar, y llegando hasta la cámara del rey, con tono profético le habló de este modo:

«Habeis de saber, señor, que anoche se me apareció, rodeado de celestiales resplandores, mi patron Santo Domingo, y me mandó venir á intimaros que enmendeis la desarreglada vida que llevais, porque dentro de poco perecereis á manos de vuestro hermano D. Enrique.» Sobresaltóse D. Pedro y llamó á sus guardias; mas como delante de estos volviese á ser amonestado por el monje, montando en cólera ordenó que inmediatamente fuese quemado en la plaza pública, como así se efectuó, sin que las sagradas órdenes de que se hallaba revestido al infeliz religioso le libraran de sufrir tan horrorosa ejecucion.

Al dia siguiente, pasando el rey por una calle, vió á la puerta de una casa el cadáver de un hombre, y preguntando por qué se hallaba allí, le dijeron que el sacerdote de aquella parroquia se habia negado á darle sepultura, porque los parientes de aquel no tenian con qué pagar los derechos de costumbre: exasperado el rey con el suceso del dia anterior, y queriendo poner término á los desmanes que cometiera el clero, determinó hacer otro cruel ejemplar mandando que enterraran al muerto con gran pompa y solemnidad, y que el clérigo que se habia negado á darle sepultura fuese juntamente enterrado vivo.

Proseguia mientras tanto la guerra entre las tropas del rey de Ara-

gon y las de Castilla, quien tuvo que suspenderla á consecuencia de las noticias que le llegaban de Andalucía: habíase apoderado del cetro granadino el moro Aben-Alhamar, llamado el *Bermejo*, usurpándosele á su legítimo monarca Mahomad Lago: no dudaba el *Bermejo* que D. Pedro acudiria á socorrer á su destronado amigo Mahomad, y temeroso de ello solicitó el favor del aragonés, quien le persuadió á que rompiese por las fronteras castellanas, que habian quedado con muy poca guarnicion.

Con este motivo, anhelando D. Pedro castigar al rey *Bermejo* se vió precisado á firmar la paz con el de Aragon, abandonando todas las ciudades que le habia tomado y marchóse inmediatamente á Sevilla, desde donde envió contra el *Bermejo* un numeroso ejército á las órdenes de acreditados capitanes, los cuales se apoderaron de algunas ciudades del rey moro, haciendo que este se retirase á Granada.

Sucedió por este tiempo, que estando un dia D. Pedro en una partida de caza á las inmediaciones de Medina Sidonia, en ocasion de hallarse algo separado de su comitiva, se le presentó un pastor con los vestidos destrozados y la cara poblada de una espesa barba, el cual, despues de ordenarle que se reuniera con su esposa doña Blanca, porque de lo contrario la Divina Providencia habia decretado su muerte, se internó en lo más espeso de un bosque sin que nadie pudiera darle alcance.

Sospechando el rey que este hombre fuese enviado por doña Blanca, mandó dos caballeros á Medina Sidonia para averiguar si alguien habia hablado con la reina; pero á pesar de que estos le trajeron la respuesta de que sus guardias no la permitian comunicarse con nadie, aun quedó receloso el rey de si la aparicion habria sido fraguada por doña Blanca ó por sus parciales, que no abandonaban el designio de libertar por todos los medios posibles á la augusta prisionera; y para quitará los nobles un pretexto de sublevacion, mandó al alcaide de la fortaleza de Medina Sidonia que hiciera morir á la reina doña Blanca; negóse el alcaide á ejecutar tan inhumana órden, mas de nada sirvió, pues fué depuesto de su empleo, y el que le sustituyó, menos escrupuloso, cumplió la voluntad del rey envenenando á su esposa doña Blanca.

Fué muy sentido este suceso por todos los que habian tenido ocasion de conocer á esta infortunada princesa, que en la flor de su edad y lozanía de su hermosura habia sido abandonada por su marido, para recibir la muerte por mandado del mismo despues de nueve años de un largo cautiverio, sin que pudiera encontrarse tacha alguna en su virtuosa y ejemplar conducta.

La desastrosa muerte de doña Blanca atrajo la odiosidad de la Francia contra D. Pedro.

Nada le importó por entonces el resentimiento del vecino reino: sin embargo, llamó las Córtes del reino á Sevilla, y ante ellos

ró la legitimidad de su matrimonio con doña María de Padilla, contraido en secreto antes de casarse con doña Blanca; pero que lo habia ocultado por temor de que sus enemigos encontrasen motivo para promover disturbios en el reino, y presentando testigos que afirmaron ser cierto dicho matrimonio, hizo por consiguiente que fueran reconocidos herederos al trono sus hijos D. Alfonso, doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel.

Poco despues murió doña María de Padilla con gran sentimiento del rey, que, perdiendo la única mujer á quien habia amado en su vida y sumamente afligido con esta desgracia, mandó que vistiera luto todo el reino.

Este acontecimiento, ocurrido á mediados del año 1361, vino á sumir á D. Pedro en una desesperacion tal, que solo se ocupó por entonces de su profundo dolor.

A la sazon las tropas moras de Granada sorprendieron las castellanas junto á Guadix, aprisionando á muchos de los caudillos, y el rey *Bermejo*, que deseaba ya la paz con el de Castilla, porque los partidarios de su antecesor Mahomad empezaban á rebelarse, puso en libertad á los prisioneros cristianos, enviándoles con grandes regalos para su rey, y aun él mismo se arriesgó á presentarse en Sevilla con solo la comitiva necesaria para su custodia y de las ricas joyas que llevaba para comprar la paz.

Admitido el *Bermejo* á la presencia de D. Pedro, pidióle que no amparase á su competidor Mahomad y que los dejase á ellos dos disputarse el trono, ofreciéndole en cambio los tesoros que traia consigo, y sometiéndose á pargale tributos á trueque de obtener la paz: no aceptó el rey D. Pedro nada de lo que le ofrecia el *Bermejo*, al cual despidió con las más halagüeñas esperanzas; pero en la misma noche le hizo prender con otros treinta caballeros moros de su comitiva, siendo degollados todos á los pocos dias en el campo destinado para las ejecuciones.

Despues de la muerte del *Bermejo* se apoderó D. Pedro de todas las riquezas que aquel habia llevado á Sevilla, y en cumplimiento de un pacto que tenia hecho con Mahomad Lago, á quien colocó en el trono de Granada, quedó dueño de todos los pueblos moros que habia conquistado.

Terminada de este modo la guerra contra Granada, rompió D. Pedro las hostilidades con el rey de Aragon, entrando por las fronteras á la cabeza de un ejército respetable y tomando muchas ciudades aragonesas.

Sorprendido el rey de Aragon con una declaracion de guerra tan infundada como repentina, llamó en su auxilio á D. Enrique de Trastamara, ofreciéndole el mando de un ejército y halagándole con lisonjeras promesas: acudió D. Enrique con algunos nobles castellanos, á los cua-

les se agregaron muchos franceses que deseaban vengar la muerte de doña Blanca de Borbon, y comenzó á hacer la guerra á su hermano don Pedro, que al ver que la Francia se declaraba, por fin, en contra suya, procuró hacerse con un poderoso amigo para en adelante, enviando embajadores al rey de Inglaterra.

Seguia favoreciendo la victoria á D. Pedro, quien conforme se iba apoderando de las ciudades francesas las iba guarneciendo con soldados castellanos: trató el de Aragon de entretenerle con negociaciones de paz mientras que D. Enrique volvia de Francia adonde habia ido á solicitar nuevos auxilios de aquel rey para llevar á cabo la usurpacion que meditaba.

No se avino D. Pedro á lo que le proponia su contrario, de lo que en breve tuvo lugar de arrepentirse, porque D. Enrique entró en España con doce mil aventureros franceses procedentes en su mayor parte de las cuadrillas de bandidos que con el nombre de *compañías blancas* saqueaban algunos pueblos de Francia, causando gran inquietud á su rey, el cual, deseoso de deshacerse de ellas, consiguió alistarlas á favor de D. Enrique, poniéndolas bajo las órdenes de Bertran Du-Gueslin, capitan muy valiente, que aunque en su país adquirió gran fama, en Castilla la oscureció completamente.

Reunido el ejército francés con el español del rey de Aragon, D. Enrique, que se veia dueño de tantos soldados, tomó desde luego el título de rey y marchó inmediatamente contra D. Pedro.

Hallábase este en Búrgos con muy pocas tropas, por haberlas ocupado en las guarniciones de las plazas que habia ganado, y no atreviéndose á esperar á su hermano, se retiró á Sevilla, manifestando antes á los burgaleses que les absolvia del juramento de fidelidad que le tenian hecho: en su consecuencia la ciudad de Búrgos abrió sus puertas á don Enrique quien se hizo coronar con gran solemnidad en el monasterio de las Huelgas.

La estrella de D. Pedro se iba apagando: muchas ciudades castellanas se ponian bajo el pendon de D. Enrique, y el mismo D. Pedro, desamparado de casi todo los que hasta entonces le habian sido leales, y no creyéndose bastante seguro en España, abandonó el reino embarcándose con direccion á Bayona, que por aquel tiempo pertenecia al rey de Inglaterra, cuyo favor iba á implorar.

Con la huida de D. Pedro, las pocas ciudades que le habian permanecido fieles reconocieron por rey á D. Enrique, quien llegó sin interrupcion á Sevilla repartiendo grandes títulos y mercedes á todos los que seguian su bandera, grageándose de este modo el afecto de los pueblos y haciéndose acreedor al renombre con que desde entonces se conoció de D. Enrique el de las *Mercedes*.

CAPITULO V.

Regreso de D. Pedro.—Batalla de Nájera.—Ocupa segunda vez el trono.—Sorpresa de Montiel.—Muerte de D. Pedro.—Conclusion.

Mientras que D. Enrique de Trastamara comenzaba á disfrutar de la usurpada corona, el destronado D. Pedro, que se hallaba en Bayona, no omitia diligencia alguna para conseguir que la Inglaterra apoyase sus pretensiones.

El príncipe de Gales, hijo de aquel rey, se interesó tanto en favorecerle, que en poco tiempo organizó un ejército de diez mil hombres de infantería y otros tantos de caballería, mandados por los más hábiles capitanes de aquella época, y con este refuerzo volvió D. Pedro á España.

A medida que entraba en las fronteras de Castilla se declaraban en su favor muchos pueblos, del mismo modo que antes lo habian hecho con D. Enrique, quien noticioso de los proyectos de su hermano y auxiliado por las tropas francesas y aragonesas, marchó á su encuentro á la ciudad de Nájera.

Antes de decidirse los combatientes á presentar la batalla, hiciéronse proposiciones con el fin de concertar sus intereses; pero no pudiendo conciliarse, tuvo lugar, al fin, una sangrienta lucha, en la que quedó vencedor el rey D. Pedro despues de pelear con gran valor.

D. Enrique, al verse abandonado de algunos de los suyos y aun de su hermano D. Tello, que, á pesar de hallarse en las filas contrarias á D. Pedro, contribuyó mucho al triunfo de éste, huyó á Francia á lamentar su derrota y á preparar nuevas fuerzas para más adelante.

Despues que D. Pedro, por medio de esta victoria, subió segunda vez al trono, marchó á Sevilla, y lejos de mostrarse clemente con sus vencidos, castigó severamente á los parciales de D. Enrique, desterrando á unos y haciendo morir á otros.

Unas de las personas que en esta ocasion pereció víctima del rigor del rey, fué el maestre de San Bernardo, gran dignidad eclesiástica muy

respetable en aquellos tiempos, y que en la batalla de Nájera se distinguió mucho en las filas de D. Enrique.

Habiendo sabido el Santo Padre esta y otras muertes ejecutadas en algunos eclesiásticos, lanzó el anatema de excomunion contra el rey, y envió á Sevilla un cardenal con encargo de notificársela.

No se le ocultaba al legado del Papa la condicion arrebatada y violenta del monarca; y temiendo que su embajada excitara el furor de este, tomó las precauciones convenientes para sustraerse á él en caso necesario.

Paseábase el rey una tarde por las márgenes del rio Guadalquivir, cuando el legado del Papa, despues de anunciarle que le traia de Levante nuevas de bastante interés, le entregó un pliego cerrado y se metió al punto en una barca que para huir tenia preparada.

Sumamente indignado el rey con la lectura del pliego, en que se le comunicaba su excomunion, se arrojó al rio á caballo, segun estaba en seguimiento del cardenal, dando en la barca que iba tan fuertemente con su espada que saltó esta en dos pedazos, al mismo tiempo que su caballo se sumergia en las aguas, de donde le sacaron los que le acompañaban lleno de cólera al verse burlado de tal suerte.

Con un proceder tan desusado como el que D. Pedro observaba en todos sus actos y con los grandes castigos que imponia, fomentaba el descontento en sus vasallos y hacia cada vez mas deseada su caida del trono.

Una circunstancia vino á precipitar esta, y fué la de que habiéndose negado el rey á dar el señorío de Vizcaya y otras villas al príncipe de Gales, que los reclamaba por el apoyo que le habia prestado, se retiró este con sus tropas auxiliares á Inglaterra, dejándole expuesto á ser nuevamente derribado del trono.

El conde D. Enrique que no habia perdonado medio alguno de disponer los ánimos en su favor haciendo resaltar las injusticias de su hermano, consiguió que la Francia le anticipara grandes sumas de dinero y le suministrase algunas tropas, y reuniendo las compañías blancas de aventureros mandadas por Du-Guesclin, aprovechó el abandono en que D. Pedro se encontraba para verificar su entrada por Aragon en las fronteras castellanas, en las cuales se apeó del caballo, y haciendo una cruz en la tierra con la punta de la espada, juró solemnemente no volver á salir de Castilla por mal que le fuese: en seguida se presentó en Calahorra donde fué acogido con grandes aclamaciones, pasando despues á Búrgos, cuyos habitantes le hicieron igual recibimiento.

Temeroso D. Pedro de perder el trono de Castilla al ver el entusiasmo con que su hermano era recibido por todos los pueblos, pidió tropas al rey moro de Granada, que prontamente le envió 1500 ginetes africanos, y reuniéndolos á los pocos soldados de que podia disponer,

partió de Sevilla á sitiar á Córdoba que se habia declarado por D. Enrique. Desesperado el rey de no poder tomar la ciudad por la defensa que hacian sus moradores, y sabedor de que el ejército de D. Enrique estrechaba cada dia mas el cerco de Toledo, ciudad que se conservaba fiel, determinó ir á socorrerla, pero antes quiso que un astrólogo moro se anunciara su futura suerte; contestóle el moro entre otras cosas, que e librara de entrar en la selva de Montiel, porque en ella habia de morir.

A pesar de esta prediccion se decidió D. Pedro á socorrer á los leales toledanos, con el objeto de hacerse fuerte en la ciudad; pero D. Enrique, conociendo cuánto le importaba dar un golpe atrevido, dejó encomendado el asedio de Toledo á uno de sus capitanes, y á marchas forzadas logró sorprender al rey en los campos de Montiel, cargando al amanecer repentinamente sobre las tropas castellanas, que cobardemente abandonadas por los moros auxiliares, tuvieron que retirarse con don Pedro al castillo de Montiel despues de una desesperada resistencia.

Don Enrique sitió inmediatamente á su hermano, el cual nueve dias despues de la derrota de Montiel, se presentó sin armas y acompañado de tres caballeros castellanos, en la tienda de Bertran Du-Guesclin, fiado en la promesa que este le habia hecho de proteger su fuga: en seguida entró en la misma tienda D. Enrique, á quien Du-Guesclin dijo señalando al rey: ese es D. Pedro vuestro enemigo: á lo que contestó este con arrogante brio: yo soy, sí, yo soy; y D. Enrique, desenvainando su daga, hirió en la cara á su hermano al tiempo en que se arrojaba sobre él para sujetarle; luchando brazo á brazo los dos hermanos, vinieron á tierra cayendo encima D. Pedro: entonces el traidor Du-Guesclin tomó parte en aquel combate personal, ayudando á D. Enrique y poniendo debajo á D. Pedro, quien espiró á los repetidos golpes de la daga de su bastardo hermano, que con este crímen acabó de afianzar en sus sienes la corona que habia sido objeto de sus ambiciones.

De esta manera acabó su vida D. Pedro I de Castilla en 26 de Marzo del año 1369, á los 34 años y siete meses de su edad, despues de haber reinado 19 años menos tres dias.

Su cuerpo se depositó sin ningun aparato en la iglesia de Santiago de la villa de Alcocer, y bajo el reinado de D. Juan II fué trasladado al monasterio de Santo Domingo de Madrid, donde hoy se halla sepultado.

FIN.